

R



Núm. 204

BARCELONA, 4 ABRIL 1909

25 CÉNTS

Ayuntamiento de Madrid



Divulgado ya el secreto de la opinión en que tenía Cánovas al Sr. Silvela, á nadie pueden extrañarle ya los aciertos de éste al dejar marcharse á Villaverde, al no destituir á Martos O' Neale y al expresarse como lo ha hecho respecto á la significación y resultados de la Asamblea Republicana.

Verdad es que en España hay un número asombroso de Silvelas. ¿Pues no han salido ahora unos ciudadanos expresando su deseo de ver formar parte de un *Ministerio Nacional* (¡que cursilería!) á Romero Robledo! el de la barra; á ¡Moret! el de la indemnización Mora; á ¡Montero Rios! el firmante del vergonzoso tratado de París; á Azcárraga, á Cervera, y no recuerdo á que otros acreditados laborantes de la ruina de esta nación? ¿Habría para liar el petate y largarse al Congo si semejantes aspiraciones fuesen las de la mayoría!

Sigue la racha de los feminicidios, pudiendo cabernos la honra de *batir el record*, en este género de deporte, á todos los países civilizados: bárbaros y salvajes; como lo batimos también en punto á curas *non sanctos*. A punto de ser condenado á muerte el párroco ese de Torreilla, registra la crónica archiscandalosa las proezas del presbítero Mir. capellán ayudante de no recuerdo que cementerio de la corte, y sale el *Evangelio* de Novelda refiriendo las edificantes escenas de cierto ensotonado de aquella villa. A lo cual no puede hacerse más comentario que el de *Ande la órdiga!*

En breve va á levantar sus reales de Barcelona, después de una gloriosa campaña y más cargado, sin duda, de laureles que de pesetas el ilustre Zacconi. Ello es que en la ciudad condal se observa un lujo asombroso en carruajes, joyas, fachadas y muebles, al mismo tiempo que la plutocracia brilla cada día más por su ausencia de los teatros y de los centros de arte. Cresos hay que se ufanan de lucir sillones que cuestan 80 duros cada uno, y tienen por única representación de la pintura, en sus pomposos salones, cromos de á treinta reales. Nada más fastuoso que los miradores de muchos palacios (mixtos de tales y de casa de vecindad), pero no se ve nunca un alma detrás de los cristales, dícese que para no ensuciar la alfombra. Los únicos artistas que lo pasan regularmente son los que se dedican á labrar estatuas funerarias ó *santos* para los oratorios, y alguno que otro retratista.

Con eso, caracterízase nuestra burguesía por una mogigatería que pasa ya de castaño oscuro. Baste decir que en Barcelona no se puede leer á Balzac por estar sus obras incluidas en el *Índice*.

Todos los excesos del fanatismo son horribles, pero cuando ese fanatismo proviene de la plutocracia resulta mil veces más irritante que cuando era patrimonio de la aristocracia de la sangre.

Meundeán las reuniones electorales, pero no hay que fiar mucho en lo que resulte de ellas, pues es indudable que se trabaja en la sombra para impedir el triunfo de los republicanos,—indudable, si se procede con legalidad.—En cambio todo indica que va eclipsándose la estrella del catalanismo, ó á lo menos el del catalanismo clerical, que es una de las sectas más odiosas que se pueden concebir, ya que viene á ser una especie de *nacionalismo* á la francesa con el ingerto de lo peor del carlismo.

Era imposible que pudiesen acogerse bajo los pliegues de una bandera común dos tendencias tan irreconciliables como la democrática y la teocrática, y al fin ha venido lo que debía lógicamente esperarse.

Los liberales de Valencia han tenido la feliz idea de celebrar el 66.º aniversario de la horrenda matanza de Burjasot, una de las páginas más negras del carlismo, entre las muchísimas páginas negras que constituyen su feroz historia. Sabido es que Cabrera, mientras estaba entregado á una desenfrenada orgía, mandó fusilar á todos los prisioneros hechos en Pla del Pou, gracias á una confidencia del cura párroco de Villamarchente. Mas de mil doscientos españoles cayeron atravesados por las descargas de los *soldados de la fe*, mientras los carlistas se entregaban á los más repugnantes excesos de la bacanal para celebrar el aniversario del natalicio del infante D. Carlos María Isidro, abuelo del actual D. Carlos! *Burjasot* debe ser una fecha inolvidable al igual que Olot, Cuenca, Igúzquiza y cien más, que son un baldón para nuestra historia.

ARGOS

LA ORACION EN EL HUERTO

Hemos escogido este grabado por representar cumplidamente la expresión del arte veneciano,—influentísimo después en España,—en el transcurso del siglo xv, ó sea durante el período llamado por los italianos de los *quattrocentisti*.

Hasta los Bellini, no puede decirse que hubiera escuela veneciana propiamente dicha: los pintores anteriores á ellos se hallaban influidos por los bizantinos, por los pintores góticos alemanes ó por los flamencos, pero con Jacobo Bellini y sus dos hijos Juan y Gentil se inicia una nueva y admirable orientación, caracterizada por la ciencia del colorido, la habilidad de la composición, el talento de las grandes decoraciones y su sentimiento de la naturaleza; todos ellos buscan los juegos de luz, el brillo de las ricas telas, pero tal vez se echa á faltar, en la mayoría de los maestros, la expresión moral.



Exceptuase, sin embargo, de este defecto, si en rigor lo es, el autor de quien hablamos: alma tierra y sencilla, prefería los asuntos piadosos á los de toda otra clase, y en todas sus obras se advierte la más profunda suavidad unida á la más dulce nobleza. Nada puede demostrarlo más que este cuadro de la *Oración en el Huerto*, tan ingenuamente concebido como admirablemente ejecutado: he ahí en el silencio de la noche al Divino Mártir recibiendo el cáliz de amargura que le trae el ángel; en torno de él, los discípulos, dormidos, ajenos á las mortales congojas del que poco antes, en la última Cena, les entregara su sangre y su cuerpo; bordeando el torrente Cedron avanzan los soldados, guiados por Judas el traidor; en lontananza la ciudad de David, el hábitaculo de los escribas y fariseos, de los Caifases y Abdarones, que rugen de ira ante las doctrinas de paz y amor predicadas por el humilde hijo del carpintero de Nazareth. Todo está señalado, acentuado; el artista ha buscado los contrastes más expresivos: una noche serena y un corazón retorcido por la más tempestuosa angustia; los discípulos fieles, pero indolentes y el alma condenada del Iscariote; el ángel que descende del cielo y la soldadesca que avanza cautelosamente para sorprender al Justo; Jerusalem, cárcel espantosa y la campaña apacible. ¿Cómo no admirar el sentimiento que demuestra semejante disposición, y no reconocer en Juan Bellini á un grande artista, verdaderamente digno de este nombre?

Otros ha habido ciertamente, que se han inspirado en igual escena, incluso el mismo Van Dyck, pero es indudable que no *sintieron* el asunto como el insigne artista veneciano. Nada más difícil que mostrarse sincero en tales obras, ya que no todos poseen el don de emocionarse ante el recuerdo del tremendo drama iniciado con el retiro de Jesús al monte para prepararse á la predicación y terminado en la cumbre del Calvario. En todas épocas ha habido pintores que han sentido de verdad la Pasión y otros que solo han pensado en hacer una obra de arte.



RIVALES

Carolina y Pura, huérfanas de madre, en tierna edad y, aún cuando sólo las separaba una diferencia de dos años, la mayor había tenido para su hermanita, la solicitud vigilante y cariñosa, los asiduos cuidados que, sin duda, hubiese prodigado á ambas, la que les dió el ser.

En el alma femenina, hay algo sublime que, para satisfacerse, necesita la abnegación, el sacrificio.

Carolina comenzó sus pruebas, desde muy temprano.

Privábase de horas de sueño, para estar arreglada ya, y presidir el tocado de su hermanita, cuando ésta se levantaba, y enseñaba á Pura las lecciones y las labores que, ella había aprendido, con tanta inteligencia y con más solicitud que un maestro ó una profesora.

Una indicación, una mirada de Pura, bastaban para que Carolina la cediese, ya una golosina, ya un cinto, ya un juguete.

Crecieron, pues, estrechamente unidas, queriéndose con toda el alma, sin una riña, sin una nube que empañase el risueño cielo de su existencia.

¡Y sin embargo, hubo un momento en que estuvo á punto de separarlas, para siempre, insondable abismo...!

¿La causa? Un hombre, un apuesto joven cuyo corazón fluctuaba entre las hermanas, sin saber á cual entregarse. ¿La ocasión? Un baile de máscaras dado por el padre de las jóvenes, para celebrar el santo de la mayor y en el que ésta recibió la contestación del amor que ardía en el pecho de Pura, sobreexcitada aquella noche por las galanterías del apuesto Enrique. ¡Ay! ¡Carolina también había sido galanteada por éste, en la misma reunión, poco antes ó poco después, y había entrevisto un porvenir de felicidades!

—¿Le amas?—preguntó con voz temblorosa á su hermana, que murmuró:

—¡Sí!

—¡Yo también!—pensó para sus adentros la infortunada.—¡Por primera vez somos rivales! ¡Pero no, eso es imposible! ¡Su dicha antes que todo!

Y añadió en voz alta:

—¡Haces bien! ¡Lo merece...! ¡Cásate con él... y sed felices!

Y el día de la boda, cuando partieron los cónyuges á efectuar su viaje de novios, Carolina cayendo de rodillas, como ante una imagen, ante el retrato de su madre, colocado en lugar preferente en su gabinete, exclamó con desgarrador acento:

—¡Madre! ¡He velado por mi hermana, como me encargaste... le he protegido, le he enseñado y he sacrificado por ella, mi primero, mi único amor! ¿Estás satisfecha...?

¡Y parecía que el retrato perdiendo su inmovilidad, la sonreía, y que un acento dulcísimo, pronunciaba estas palabras:

—¡Hija del alma...! ¡Bendita seas!

EDUARDO BLASCO





ACÉRCATE

¡ACÉRCATE en el sueño de mis noches
visión de los amores que perdí.
¡Acércate! ¡Olvídanse los reproches
que tienes contra mí!

Murmúrame en el alma mientras duermo
las promesas tiernísimas de ayer.
¡Y bésame en la boca! ¡Katy enfermo
de olvido y de querer!

¡Acércate visión de este cariño,
que nunca la distancia debo;
y vuélveme al afecto que de niño
tu labio me juró!

¡Procúrame un instante de consuelo
contándome recuerdos de otra edad;
y ampárame en las glorias de tu cielo
de la primer lealtad!

Bien se que no soy digno de que vuelvas
a enlodar tu cariño en mi afición,
porque secas están las madreselvas
de la última ilusión.

Pero, espídate ¡oh sombra de mis días!
¡acércate en mi noche de dolor;
devuélveme a las tiernas alegrías
de tu divino amor!

¡Y al naufrago del mar de sus memorias
bríndale el salvavidá de tu fe,
tabla de mi pasado y de mis glorias
que abandonar no se...!

ALFREDO J. YORCELLI

AL ÚLTIMO BESO



1

No era posible salvarla; esto había dicho el médico en su última visita. Las palabras del doctor llevaron la pena al pecho de Nieves que veía la vida de su madre ocultarse entre el negro manto de la muerte.

Cuando con aquellos ojos, negros como rodajas de terciopelo brillante, contemplaba el amarillento rostro de la anciana, sentía un dolor intenso, y por su cerebro cruzaban ideas tétricas que torturaban su corazón desapiadadamente. El único apoyo le iba á ser arrebatado sin piedad por esa ley destructora, y pronto aquel cuerpo bajaría al terreno de la igualdad donde sería destruido para siempre.

En medio de su profunda emoción, veía los días de soledad y desamparo, sola con su desgracia, sin los consejos de aquella madre moribunda que la guiaron por el camino de la virtud, y solo sabría llorar ante su retrato.

No podría, no, olvidar las escenas tiernísimas en las cuales la moribunda infiltraba en sus oídos lecciones de caridad y de perdón para el malo, ni tampoco las lágrimas que surcaban las mejillas de la anciana cuando le hablaba del amor y de los engaños de los hombres. Ella no había podido adivinar la causa de aquel llanto, pero sí, cuando era derramado, se sentía estrechada con efusión al pecho de su madre y un beso de esta tapaba su boca como para evitar cualquier pregunta indiscreta.

¿Se iría á morir sin explicar á su hija el por qué de aquellas lágrimas?

¿Por qué, con tanta insistencia le hablaba de la falsedad de los hombres?

Y la mirada de Nieves se dirigía al lecho con ansia de sorprender algún movimiento á su madre; pero la enferma permanecía inmóvil y solo una respiración ronca y fatigosa denotaba que aun la vida la animaba.

II

Por fin, cuando cariñosa acudió Nieves á taparla los brazos, abrió los ojos y fijándolos en su hija con honda tristeza, la hizo una seña para que se aproximase más.

—Hija mía,—dijo con voz apagada,—siento la muerte roer mis entrañas; las súplicas que elevo á Dios serán seguramente atendidas, y por ellas te conservarás honrada en medio de ese lodazal que se llama mundo. Se pura de cuerpo y de alma, abre tu interior solo á las pasiones buenas y nunca sientas desprecio ni odio por nadie. Queden grabadas en tu mente las lecciones que entre besos de mí has recibido, y en tu dolor conserva el recuerdo de tu madre que velará desde allá por tí. ¿Me prometes ser buena?

—¡Oh sí, madre mía, te lo juro!—exclamó Nieves anegada en llanto.

—No llores,—volvió á decir la madre suspirando,—la muerte no me espanta. Si ya he cumplido mi cometido en esta vida, venga en buena hora, sin un momento de flaqueza por parte mía. Confío en tí;

tienes[edad] para comprender las tontas vanidades de una existencia fugaz, y muero con la persuasión de que no te dejarás alucinar por los olores de una posición social que llegue á corromperte, y lleve la ponzoña del lujo á las aspiraciones tuyas, como un día, lejano por fortuna, llegó á las mías.

Al oír las últimas frases, Nieves se estremeció y miró á su madre.

—Oye y perdóname de antemano,—volvió á decir la moribunda notando la sorpresa de su hija,—mil veces he querido decirte lo que luego sabrás, y otras tantas he desistido por no manchar tu inocencia. Todavía tengo fuerzas para relatarte lo que debes grabar en tu memoria. Yo, en un tiempo cometí una ligereza que me ha costado abundantes lágrimas; lágrimas muchas veces sofocadas con tus caricias de niña amorosa. Sin padres, sin apoyo desde muy niña, llegué á tu edad sin el menor rudimento de lo que sucede en el mundo; crecí con un absoluto desconocimiento de todo aquello que es talismán contra los malos artes de los hombres y de las causas que inducen á la desgracia. [Llevada de mi inocencia creí á un hombre cuando me habló de amor. ¡Tal no hiciera! Le amé con delirio; con toda la in-



tensidad que un corazón virgen y desgraciado puede amar. Sus falaces promesas trastornáronme la cabeza, y ciega cedí á los impulsos de un corazón, que nubló en mí todo raciocinio. La felicidad me sonrió breve tiempo; ella es corta, hija mía, y corto fué el tiempo que me hizo compañía.

Un día, aquel hombre por quien había perdido la joya más preciosa me trató con aspereza, y teniendo en mis brazos pude desahogarme inundando tus sonrosadas mejillas con una tempestad de besos.

Luego,—siguió diciendo con voz cada vez más débil,—pude cerciorarme de que la dicha había concluido para mí. Otra mujer era la dueña del hombre que amé. Tuve accesos de rabia, los tuve dolorosos y después... herida en mi amor, hui desechada de aquel hogar para consagrarme á ti exclusivamente.

Una respiración más dificultosa asfixiaba á la enferma, la disnea le ahogaba.

—Voy á morir, Nieves, recuerda á tu madre. No quiero vindicarme ante ti porque sé que en tu pecho no hay prevención contra la que te llevó en sus entrañas. Cuando cierre los ojos para siempre, entre mis joyas encontrarás una cajita con un collar, él te lo compró cuando naciste... Hay también un retrato... el de tu padre... el de él... Ernesto Flores, hoy banquero... es tu padre...

La voz se extinguió; una palidez mortal cubrió su rostro y llevando á sus labios la frente de su hija exhaló el último suspiro besando á Nieves que cubría su rostro con lágrimas de dolor.

ANDRÉS MOMPART

(Dibujos de P. Molinas)



LA PARTIDA DE AJEDREZ

Ayuntamiento de Madrid

LA CARA DE DIOS

—Que está amaneciendo... Que ya es Viernes Santo...

Leranta, Lucía; no duermas ya más,
y vístete pronto, que yo voy en tanto
á ver si han abierto la taca de Blas.

—¿Que tías hoy, chiquillo, que así te alborozas?

—Pues ¿que quisé que tenga? Que hoy vamos los dos
igual que otros años, al barrio de Pozas,
que allí nos espera la Cara de Dios.



Pero ¿es que de aquello no tías tú memoria?

Pero ¿es, por sí acaso, que olvidas que allí
me abicisto las puertas que dan á la gloria
diciendo muy bajo: «Pues, bueno; que sí?»
Hoy hace tres años... Como este en tal día
pa siempre queremos juramos los dos...

Por tó lo mas alto te juro, Lucía,
que no se me olvida la Cara de Dios
verás, al momento, que ná he olvidado...

Lleabas el día que yo te encontré
mantón de Manila la mar de bordado
cubriendo sencillo vestido chiné,
zapato escotado, que ver me dejaba
un pie del tamaño que tiene un piñón,
y el pelo rizado, que á tós admiraba,
de hermoso azabache formando montón...

En él y en el pecho lleabas claveles,
quizás los más rojos que vi yo en abril,
mas no cual tus labios, coquita de miel
que sirre de puertas á tanto marfil.

Al verte yo dije: «—Bendigan los cielos,
desde este momento, la madre de usté...»

Y luego en carracas, chinchón y buñuelos,
real más ó menos, dos duros gasté...

¡Ya estoy aturrido y adiós poesía!
Que Dios de poeta muy poco me dió.

Ya ves el poema que encierra aquel día
y el poco partido que de él saco yo.

Conque ahora en la prosa sencilla y corriente
te digo, Lucía, que muy tarde es ya...

Que ya pa á la ermita se marcha la gente,
que ahí tías ya mi brazo... ¡y vamos pa allá!

¿Tú ves como al cabo también te alborozas...?
Conque anda, chiquilla, que hoy vamos los dos,
igual que otros años, al barrio de Pozas
que allí nos espera la Cara de Dios.

Felipe PÉREZ CAPO

EL GOLGOTA

La trágica escena de la crucifixión de Jesús ha sido interpretada de mil distintas maneras, pero es indudable que Dinet la ha concebido con tanta verdad como sentimiento.

No ha representado en efecto el Gólgota como una elevada montaña, pues jamás lo fué, y basta para ello tener en cuenta que desde hace siglos se encuentra incluida, bajo techado, en la iglesia del Santo Sepulcro. El paisaje está, pues, acorde con la realidad. En cuanto al sentimiento no puede ser más evidente: es cuando, consumado ya el deicidio, se oscurece el cielo, retiembla la tierra, rugen el huracán y huyen despavoridos los circunstantes, ante la tremenda manifestación de la cólera divina.



No se diga ahora que los artistas modernos carecen de sensibilidad religiosa, pues hay indudablemente más sinceridad en algunos de ellos que no en los *paganos* del Renacimiento, sin exceptuar á Miguel Angel, Rafael, y sobre todo á Rubens. La famosa *Cena* de Leonardo de Vinci es una pintura incapaz de despertar la menor emoción, siendo así que la de Uhde, por ejemplo,—popularizada por las estampas,—es una obra maestra de misticismo realista.

Y buena falta hace que los artistas contemporáneos se inspiren en el incomparable drama de la Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo, pues no se diría sino que han pasado de moda las representaciones del cruento sacrificio del Hijo de Dios para dar lugar á las convencionales efígies del Sagrado Corazón y á las elegantes imágenes de tal ó cual Virgen no venerada hasta la segunda mitad del siglo XIX.

De mucho sirve, ciertamente, la oración, pero no influye poco el Arte en la propagación y arraigo de la fe y de las verdades de la Religión. Ante una obra como la de Dinet es imposible no sentirse hondamente conmovido, transportándose la imaginación al lugar y el tiempo en que se realizó el sacrificio de la Cruz, término de la predicación de las doctrinas predicadas por el Salvador del Mundo y principio de una nueva era para la humanidad, en posesión de una moral dictada por los mismos labios en el Sermón de la Montaña.



DE VELILLA AL HAREM

Merced á las iniciativas de D. Serapio, riquísimo hacendado de Velilla de Veleta, disfrutaban sus convecinos de grandes comodidades.

A virtud de su influencia, el pueblo consiguió tener su estación ferroviaria, algunas carreteras inmejorables y un cuerpo de policía urbana de lo más brillante: lo componían cuatro barrenderos, dos guardias municipales y un sereno.

No satisfecho D. Serapio con tales mejoras, aprovechó un salto de agua para levantar dos fábricas: una de harinas y otra de luz eléctrica, sistema desconocido en Velilla, donde los habitan-

«el toro del aguardiente», corriendo más el aguardiente que el toro.

Para dar mayor solemnidad al acto, el tío Carrascales, alcalde-presidente del Municipio de Velilla, dispuso que formara en la Plaza Mayor el cuerpo de policía urbana, revistándolo montado en su pollino.

Al terminar la revista fueron á visitar las fábricas numerosas comisiones, entre los cuales figuraban el juez y el secretario del Ayuntamiento como representantes de los poderes judicial y ejecutivo, respectivamente, y el ama del cura, representando el poder eclesiástico.

Los concurrentes inspeccionaron la maquinaria, motores, dinamos, etc., etc., dando con sus gestos y con sus gritos una prueba palmaria de la admiración que sentían.

En un arranque de entusiasmo, hubo de proponer el alcalde que se declarase á D. Serapio hijo primogénito y predilecto de Velilla de Veleta, y así quedó acordado por aclamación.

El veterinario se comprometió á pintar en el acto un retrato al óleo del interesado para colocarlo en el salón de sesiones del Ayuntamiento. Fué bien acogida la idea y puso manos á la obra, que terminó en quince minutos, con asombro de todos, menos uno, el farmacéutico D. Tufillos, que, por contradecir á los demás, ó por envidia, empezó á sacar defectos afirmando que igual podía ser el retrato de D. Serapio, que el de Castelar ó el Guerrita. En esta opinión abundó también Roquetillo, director propietario y redactor único de «El Cabo de Velilla», periódico de la localidad, el cual llegó á última hora para darse importancia.



tes se habían alumbrado hasta entonces con el morapo de sus viñas.

El día de la inauguración se echaron las campanas á vuelo, vistióse el pueblo de gala y se lidió

La discusión se fué agriando de tal suerte, que hubiera terminado como el rosario de la Aurora si D. Serapio no saca á tiempo una cántara de vino añejo, que sirvió para apaciguar las iras de los contendientes.

Cambióse de conversación y se empezó á hablar de las ventajas de la luz eléctrica. Entonces fee Roquetillo quien desató su lengua.

—Es un invento que para nada sirve,—gritó.—Yo y Schopenhauer opinamos que representa más bien un atraso lamentable que un adelanto plausible. Prueba al canto,—añadió—Inspirado por la musa, me siento á escribir, cabe esta mesa un artículo de esos míos que tanto preocupan á Silvela y á Su Santidad León XIII. Tengo un momento de vacilación, de duda, porque en el cerebro se detiene la idea y no brota, resistiéndose á salir desnuda. Quiero vestirla con el ropaje artístico de mi galano ingenio y... ¿qué hago? sacar un cigarrillo, ya que en las espirales del humo sube la fantasía humana como la hoja leve en alas del

ga con el hocico en forma de tomate y un ojo semi-borrado, el principio de autoridad quedaba poco



menos que inservible. En consecuencia mandó que formara el cuerpo de policía, y Roquetillo, precedido por el sereno y los guardias, y segundo por los barrenderos, salió de Veilla de Veleta á comer el negro pan del destierro.

Desde aquel día Roquetillo sufrió lo indecible. Creyó encontrar el camino de la gloria en Madrid y allá se fué, pero su mala fortuna hizo que tropezara con patronas ariscas, intransigentes con el pago del hospedaje, y tuvo que emigrar á Marruecos, no sin dejar parte de sus cabellos entre las uñas de una de ellas.

Tampoco se mostraron con él muy hospitalarios los moros, pues anduvo preso de aduar en aduar, sirviendo de cocinero, de eunuco y hasta de «doncello» de alguna favorita.

Fraguó mil planes para fugarse y le fracasaron todos; pero como no hay plazo que no se cumpla, aunque si hay deudas que no se pagan, llegó un día en que el jefe de una importante kábila, para divertimento suyo, lo vistió de negro y rojo, con lazos y cascabeles, montándole sobre un magnífico alazán. Hizo la fortuna que se espantara el caballo emprendiendo vertiginosa carrera.



En vano trataron de darle alcance. Los músculos del bruto parecían de acero y su

huracán violento. Busco las cerillas para encender el cigarro, pero las he perdido. ¿Cómo subsanar la falta? Utilizando el fuego, la luz que alumbra.

Y Roquetillo aplicó el cigarro á la bombilla eléctrica.

—¿Veis?—continuó.—No arde; luego mejor es un candil, porque para todo sirve. Esto... mea quidem sententia. He dicho.

—Pues muy mal dicho,—agregó el albeitar interviniendo.

—¡Imbécil!—replicó Roquetillo.

—¡Morrall!—gritó el tío Carrascales que era paciente del barbero.

Y en menos que se persigna un cura loco cruzáronse los botellazos armándose la de Dios en Cristo, segunda edición corregida y aumentada.

Terminó el tumulto gracias á la autoridad de D. Serapio, y al restablecerse la calma, nuevo cántaro de lo añejo salió sobre la mesa para tranquilizar los exaltados espíritus.

Prendió el dueño de la casa que se hiciesen las paces, pero el tío Carrascales se negó á ello, por entender que habiendo resultado de la refrie-

rápido galopar se asemejaba al vuelo del águila.

Roquetillo iba pegado á la silla, sonriente y feliz, creyendo terminado su calvario. De pronto palidezció de horrible modo.

Frente á él se extendía una llanura inmensa donde varias kábilas enemigas zanjaban sus contiendas á tiros y cuchilladas.

Roquetillo atravesó las líneas de fuego produciendo indescriptible espanto en uno de los bandos, que huyó aterrorizado y lanzando salvajes gritos.

El infeliz creía llegada su última hora cuando vació el caballo y cayó reventado á tierra.

En un instante se vió rodeado por centenares de guerreros, que le saludaban respetuosamente haciendo grandes reverencias.

—Señor,—le dijo el que parecía el jefe,—nuestros santones habían anunciado que en el momento de la gran batalla se presentaría vestido de rojo y negro el descendiente de Alah para darnos la victoria. Sé bienvenido; tuyo es el triunfo. Eres nuestro caudillo, nuestro jefe.

Roquetillo se restregó los ojos pensando que soñaba.

En sus pupilas retratábase la admiración más profunda.

Le vistieron una capa blanca con medias lunas de plata y todos los magnates desfilaron á su presencia rindiéndole vasallaje.

—¿Dónde vamos ahora?—preguntó después.

—A tu palacio para que descanses en tu harem de las fatigas de la lucha.

—¡El harem! ¡El harem!—murmuró Roquetillo.

—¡Mi hermoso sueño! ¡Eso es la belleza de la vida! Apretó el paso con el objeto de llegar lo antes posible.

En el umbral del palacio le recibieron los dignatarios de la corte, guerreros, servidores y músicos que tenían instrumentos diversos.

Terminadas las ceremonias de ritual, escoltado por cuatro eunucos llegó á la puerta del harem. Uno de ellos le entregó una llave de purísimo oro.

Roquetillo abrió la puerta presa de emoción inmensa.

Agrandó los ojos para mirar mejor.

Cayó el portier y anduvo algunos pasos.

Dos mujeres le estrecharon entre sus brazos.

Roquetillo lanzó un grito y se desmayó.

Había reconocido en «sus favoritas» á la patroña de Madrid y al ama del cura de Velilla de Velela.

CHISMOSILLO



EL VENCEDOR, cuadro de S. Valler

Este vencedor es el que ha alcanzado el premio en las carreras del Derby, la gran fiesta típica anual que celebran los ingleses. Cada pueblo tiene sus preferencias, pero por mucho que se pondera nuestro entusiasmo por la *festa nacional*, ó sea el torro, quizá nos superen los hijos de la nebulosa Albión, ya que pocas veces se puede dar aquí el caso de ciento ó doscientas mil personas congregadas en torno de una pista y roncadas á fuerza de *jharraa!*... y de *brandy*.

PEPITORIA

Con el presente número recibirán los señores suscriptores y compradores el cuaderno 66.º de regalo del album JOYAS DEL ARTE.

BIBLIOTECA ROSA

Sidonio y Mederico, por Emilio Zola.

La piel de león, por Carlos de Bernard.

El amor de una muerta, por Aureliano Scholl.

La voluntad de una muerta, por Emilio Zola.

El fin de Lucia Pellegrin, por Paul Alexis.

Santiago Damour, por Emilio Zola.

La fiesta de Coqueville, por Emilio Zola.

El secreto del cadalso, por Villiers de L'Isle Adam.

Sin trabajo, por Emilio Zola.

Los sufrimientos de un húsar (ilustrada), por Paul de Molènes.

El maestro de escuela, por Federico Soulié.

La inocencia de un vresidiario, por Carlos de Bernard.

Para pedidos dirigirse á la Administración de estas Bibliotecas, Plaza de Tetuán, 50, Barcelona.

..

Desde Blanes al Ferrol exclama toda la gente:
—No hay magnesia «ferrescente» como la de San-Imol.

Á CRISTO

Se perpetúa tu eterna figura á través de los siglos destructores, y en tu recuerdo encuentran los dolores por muy crueles, placida dulzura.

Tu ejemplo de humildad y amor perdura, enlizando del mundo los rigores, y hasta tus más sanados detractores ante tu gloria tiemblan de amargura.

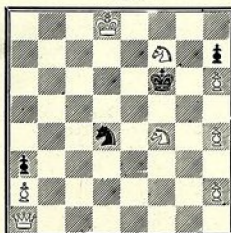
ACERTIJO, por Novejarque

HARTZE NBUSCH

Problema de ajedrez núm. 7

POR NOVEJARQUE

Negras



Blancas

Las blancas juegan, y dan mate en 3 jugadas.

Subiste del Calvario la pendiente,
androsa la faz, la planta herida,
en busca de la muerte deseada...
¡Tu imagen es la humanidad doliente!
¡También sube el calvario de la Vida
para morir al fin de la jornada!

CAPULLOS

I

San Antonio resistió la tentación del deseo, pero fué porque no vió la belleza que en ti veo.

II

Yo he sentido una pasión, tan fuerte, tan grande era que creo que se muriera dentro de otro corazón.

III

Es tan bella la mujer á quien con pasión yo quiero que si al espejo se mira de ella misma tiene celos.

IV

Con sangre no escribiré cartas á lo que yo adoro, lo que si contento haré, vertería por su decoro si calumniada se ve.

V

Si te llegara á olvidar mi muerte estaría cercana que solo así lograría borrar tu imagen de mi alma.

ANGEL MACÍAS

..

Preguntad á quien queráis, y á todos oiréis decir que no hay mejor calicidia que el del gran LADIVONSIM.

JEROGLIFICO

ROJO

FER

BAUTISTA GARCÍA

P. A.

Las soluciones en el próximo número

SOLUCION

¡ Los pasatiempos del número anterior

Jeroglífico.—Dos librados.

Anagrama gráfico.

UN DIA { NUMIDA
MI

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

P. A.—Barcelona.—El soneto me ha gustado mucho. Veremos si habrá manera de encontrar un hueco para darle cabida.

D. S. T.—Id.—Aceptados los versos, para su publicación en cuanto haya espacio.

Ignorante.—El artículo está bien, en cuanto á la forma, pero carece relativamente de interés, dado el gusto que en la actualidad domina hacia lo emocionante, aunque sea inverosímil.

E. M. N.—La poesía es muy ingeniosa. Queda aceptada.

J. P. del N. M.—Valencia.—Dado lo que sucede al final son demasiado largos los prolegómenos.

E. C. P.—Toledo.—Quedan aceptadas las seguidillas. Los versos libres no gustan, por punto general, á los que carecen de humanidad literaria, que son la casi totalidad de nuestros coevos.

E. de L.—Bonita poesía; se publicará, como se hubiera publicado la otra, pero ¡hay tanto original que espera verse trasladado á estas humildes páginas!

O. G. T.—Sevilla.—El cuento tiene gracia y está bien escrito. Aceptado.

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA. * INSCRÍBETE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

IMPRESIONAMIENTO TIPOGRÁFICO EDITORIAL «LA IBERICA», PLAZA DE TETUÁN, 50.-BARCELONA

Ayuntamiento de Madrid

EJERCITO BRITANICO INSULAR



INFANTERIA DE LÍNEA: SARGENTO